

## **Cuban Thought and Cultural Identity: Socialist Thought**

*Ideas, figuras, organizaciones y procesos*

*del socialismo cubano del siglo xx*

Por Julio César Guanche

El socialismo es el signo ideológico de la práctica política cubana tras 1959, pero no es el fruto de una filosofía única ni de la visión de un solo hombre. Se trata de una corriente presente en el país a lo largo del siglo XX.

Resulta más prudente hablar de variantes cubanas del socialismo, entre las que se encuentran: a) corrientes socialreformistas no marxistas; b) alternativas del socialismo revolucionario: anarquistas, estalinistas, trotskistas, marxistas sin partido, c) tendencias populistas; d) defensores del socialismo de estado y e) el socialismo de la Revolución cubana.

El núcleo común entre ellas puede encontrarse en la promoción de la soberanía nacional, la crítica a las relaciones de carácter imperialista entre los Estados Unidos y Cuba y la defensa activa de la justicia social.

## **El socialismo cubano antes de 1959**

### **El ingreso del ideal**

José Martí ha influido sobre los socialismos cubanos desde el siglo XIX hasta hoy, pero su pensamiento no es calificable de socialista. El «Apóstol» radicalizó el liberalismo y lo condujo hacia la democracia política y la justicia social a través de una política que colocó en su centro el nacionalismo popular y el antimperialismo.

Las corrientes anarquistas, las socialreformistas moderadas y las marxistas progresaron en la Isla a comienzos del siglo XX.

El anarquismo y el anarcosindicalismo organizaron y controlaron al movimiento obrero hasta fines de los 1920, y vieron morir a varios de sus líderes —Alfredo López, Margarito Iglesias, Enrique Varona— durante el régimen de Gerardo Machado (1925-1933). Promovieron el rechazo a las elecciones, demandaron la jornada laboral de ocho horas, igual salario para ambos sexos y el derecho a huelga, y se empeñaron en no burocratizar sus organizaciones.

Los socialistas no marxistas —Eduardo Agüero, Juan Arévalo, Francisco Domenech, Carlos Loveira— defendieron reformas sociales desde el mundo del trabajo. Consiguieron triunfos pioneros: la jornada de ocho horas para los empleados gubernamentales, limitar la jornada laboral en las tiendas, la prohibición de trabajar para los menores de 14 años, y la ley de Accidentes del Trabajo, aunque luego no se opusieron a Machado.

Una zona del feminismo siguió posiciones moderadas en las luchas sufragistas de los 1920. Otra franja, radicalizada, creó la Alianza Nacional Feminista y la Unión Laborista de Mujeres. Las socialistas —Loló de la Torriente y Ofelia Rodríguez Acosta, entre otras— se opusieron (1920-33) a Machado, al capitalismo burgués, a considerar al voto como el final de su lucha y llamaron a las mujeres a pelear por una sociedad sin clases. En los 1940 las cubanas continuaron la brega por sus condiciones de vida y por la justicia social, algunas como parlamentarias. También lo hicieron en la lucha política con los partidos, y crearon sus Secciones Femeninas. Carmen Castro Porta, por ejemplo, con ideas de justicia social avanzadas, integró junto a Eduardo Chibás el Comité Gestor Ortodoxo. En los 1950 las más radicalizadas formaron parte de la vanguardia insurreccional contra el régimen de Fulgencio Batista e integraron organizaciones como el Frente Cívico de Mujeres Martianas (Carmen Castro, Aida Pelayo) y Mujeres Opositoristas Unidas (Marta Fraide, Natalia Bolívar, Yeya Restano, Zoila Lapique).

En el campo de los marxistas, los comunistas se separaron de los socialistas, a tenor de su ruptura internacional, consumada hacia 1920 tras el triunfo del bolchevismo y la creación de la Internacional Comunista (IC). Carlos Baliño, Julio Antonio Mella, Fabio Grobart y Alfonso Bernal del Río, entre otros, unieron las pequeñas agrupaciones comunistas y fundaron el Partido Comunista de Cuba (1925), sección de la IC. Sus dirigentes serían organizadores obreros, divulgadores del socialismo, antimperialistas, y crearon, entre otras organizaciones, el primer sindicato azucarero.

Las revoluciones de Rusia y México, la república española y el *New Deal* aportaron sus influencias a los socialismos cubanos. La mayoría de los textos aparecidos en la Isla sobre la URSS en aquel momento —fuesen de autores liberales o de figuras sin partido— tuvieron un eje: no era ese el modelo de vida futura. Las tendencias que lograron mayor apoyo siguieron los estándares socializantes del nacionalista mexicano Lázaro Cárdenas y del Estado democrático social de Roosevelt. En conjunto, reclamaron la redefinición del estatus de Cuba ante los Estados Unidos, que diversos autores calificaban —hasta 1933— de «protectorado». En ese espíritu, sería derogada la Enmienda Platt (1933), norma habilitante de la intervención militar norteamericana.

### **Nuevas masas y nuevos socialismos**

Tras 1933 irrumpieron en gran escala «las masas» y la «cuestión social». Dos modelos brindaron las respuestas más notorias a esa nueva realidad, defendidos por Ramón Grau San Martín y por Antonio Guiteras.

Ambas figuras formaron parte del «Gobierno de los Cien Días» (sept.1933-ene.1934), creado con carácter provisional poco después de la caída de Machado. Grau fue designado su presidente y Guiteras ministro de Gobernación, Guerra y Marina. Fulgencio Batista —que había capitalizado la insurgencia de los sargentos (septiembre de 1933)— también apareció allí, y se convirtió en jefe de un reconfigurado «Ejército Constitucional».

El Gobierno aprobó la legislación social e intervino compañías norteamericanas. Batista, apoyado por la embajada de los Estados Unidos, derrocó al bloque Grau/Guiteras. Con todo, eran diferentes: Grau era reformista y Guiteras revolucionario.

Grau propuso un tipo de socialdemocracia, opuesta al comunismo pro soviético. Fundó el primer partido moderno de masas en Cuba: el Partido Revolucionario Cubano (Auténtico) (1934). Prometió nacionalismo, antimperialismo y socialismo y proclamó el derecho a la autodeterminación nacional, a la conquista de la independencia política y a la liberación económica. Con esa plataforma —populista— será electo presidente (1944-1948) con enorme apoyo.

Guiteras buscó el socialismo por la vía antimperialista, no burguesa, de desarrollo. Creó una organización radical: Joven Cuba (1934). Su programa, no pro soviético, aspiró a crear formas cooperativas de producción, estimular la pequeña industria, socializar la producción de las fincas del Estado mediante un sistema de planificación, ejecutar la reforma agraria y establecer la función social de la propiedad.

Batista ordenó la muerte de Guiteras en 1935, pero este alcanzó a prefigurar el programa puesto en acción en 1959: nacionalismo revolucionario, radicalismo político, antimperialismo económico y socialismo de estado. Su influencia se aprecia en *La historia me absolverá*, de Fidel Castro.

### **Las disputas familiares de los marxistas**

Los marxistas reditaron las divergencias del bolchevismo en los 1930: estalinistas, trotskistas y marxistas sin partido.

El PC tuvo presencia muy limitada en la insurrección de los 1950, pero la inserción exitosa de los marxistas pro soviéticos en la revolución de 1959 les permitió glorificar todo su pasado. Se presentaron a sí mismos como la fuerza que empujó la marcha revolucionaria en Cuba, hasta el

arribo de Fidel Castro. Esa posición subvaloraba a las tradiciones nacionalistas de izquierda, no marxistas, pero también a los trotskistas, y a los marxistas sin partido.

Por su parte, Julio Antonio Mella —la gran figura marxista— proporcionó un pensamiento y una práctica política originales. Fue separado del PC por buscar alianzas con la oposición burguesa contra Machado y someterse a una huelga de hambre, contra la opinión de su partido. Sería excluido luego de la dirección del partido comunista mexicano, por sostener una política sindical no plegada al gobierno y preparar una insurrección armada contra Machado, a pesar de las orientaciones de la IC. Mella creó el «marxismo cubano» al unir la dimensión nacional con la de clase: prometió que la nación sería un proyecto popular y mestizo.

La subordinación del PC a la IC le resultó nefasta. Pactó con Machado el fin de la huelga (1933) que podía acabar con el dictador. El PC creía poder controlar así el curso político. Su objetivo último era acumular fuerzas para poder instaurar un régimen afín al modelo establecido por la URSS.

Blas Roca fue electo su secretario general en 1934. El PC combatió a Grau y a Guiteras durante el Gobierno de los Cien Días, dividiendo a las fuerzas revolucionarias, que Batista reprimió. No obstante, en 1938 negoció con este para obtener su legalización, acceder a la Constituyente de 1940 y crear un frente antifascista.

Bajo la influencia de luchadores como Sandalio Junco, Juan Breá, Marcos García Villarreal, Charles Simeón y Bertha García los trotskistas presentaron batalla entre 1920 y 1935. Controlaron, por etapas, la

Federación Obrera de La Habana, Defensa Obrera Internacional y el Ala Izquierda Estudiantil. Se agruparon en el Partido Bolchevique Leninista (1933) y continuaron luchando hasta desaparecer como fuerza del movimiento obrero hacia 1940.

Los trotskistas llamaron a formar un frente único de obreros y campesinos. Se opusieron a los despidos, reclamaron el seguro social para los desocupados, la expulsión de los dirigentes obreros plegados al gobierno y la jornada laboral de ocho horas. No entendieron el papel revolucionario de los sectores más avanzados de la pequeña burguesía ni lograron gran influencia (Soler 2001). No obstante, dejaron su legado: denunciaron el carácter dictatorial del régimen soviético y el carácter imperialista de las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba.

Una corriente marxista guardó distancias de la URSS y devino crítica de esa experiencia. Raúl Roa, Aureliano Sánchez Arango, Pablo de la Torre y Enrique de la Osa, entre otros, —marxistas y nacionalistas a la par— nunca se integraron en Cuba al PC y militaron en diversas organizaciones. Alcanzaron escasos resultados prácticos —estaban en el exilio o reprimidos en la Isla—, pero sus textos fueron significativos. Situaron los orígenes de la crisis nacional en la condición «pseudodemocrática» del Estado cubano y en el carácter de la «economía neocolonial» y perfilaron al sujeto capaz de hacer triunfar su revolución: todos los núcleos sociales lesionados y oprimidos por el régimen neocolonial.

## **El socialismo hacia 1959**

Al llegar la Constituyente de 1940, quedaron atrás, asesinados por la violencia reaccionaria, o sumidos en crisis que desviaron los ideales de 1930 —el gangsterismo «revolucionario» es una de ellas—, tanto los anarquistas como los trotskistas, guiteristas y marxistas sin partido.

La coyuntura fue aprovechada por los reformistas. Es la nueva hora de Grau, antes mencionada. Un disidente de su partido, Eduardo Chibás, creó el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos) (PPC-O) en 1947, y nucleó a los sectores más progresistas del país. Compartió la plataforma socialdemócrata de Grau, pero puso énfasis en la denuncia de la corrupción, considerada el cáncer nacional. El PPC-O era el más probable ganador de las elecciones de 1952, impedidas por Batista. Varias de las figuras del liderazgo de 1959 pertenecieron a él, entre ellos Fidel Castro.

También el PC obtuvo frutos en los 1940 —a partir de 1943 se llamó Partido Socialista Popular—: hizo gobierno, amplió la membresía sindical; logró que la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC) ganara gran influencia en la vida cotidiana del país; sostuvo medios de comunicación; y desarrolló una influyente labor hacia el medio intelectual a través de figuras como Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez y de entidades como la Sociedad Cultural Nuestro Tiempo. El movimiento obrero alcanzó visibilidad, organización, logros sociales y el estatus de interlocutor poderoso con el Estado, al tiempo que promovió la igualdad racial. Blas Roca, Salvador García Agüero, Lázaro Peña, Jesús Menéndez y Esperanza Sánchez Mastrapa fueron dirigentes respetados.

Después del golpe de estado (1952) el PC fue reprimido nuevamente por Batista y pasó a la oposición ilegal. Circulaban en el país numerosas publicaciones divulgadas por el anticomunismo norteamericano. El PC buscó apoyo político, sin apelar a las armas. Desde esa posición, su dirección consideró los ataques de la nueva izquierda al cuartel Moncada (1953) como un camino «heroico» pero «falso», y a Palacio Presidencial (1957) como la redición del «putschismo» de los 1930. Con todo, en 1958 hizo alianzas con Fidel Castro y un número de sus militantes —sin ostentar representación del Partido— se unieron a la insurrección.

A partir de 1940 los marxistas sin partido tuvieron destinos variados. Su ideal se «desmarxificó» globalmente para consagrarse como la izquierda liberal del capitalismo. Los que mantuvieron posiciones cívicas se convirtieron en humanistas. No obstante, Roa se opuso ácidamente al estalinismo; y la sección juvenil del partido de Chibás distribuyó su plataforma filomarxista.

La nueva izquierda de los 1950 se organizó a través del Movimiento Nacionalista Revolucionario, el Frente Cívico de Mujeres Marianas, el Movimiento Revolucionario 26 de Julio y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, entre otras organizaciones. El liderazgo triunfante en 1959 presentaría la victoria como la herencia ideológica común de ese espectro. La elaboró como un compuesto de antimperialismo, nacionalismo con justicia social y democratismo político, que muchos nombrarán como «socialismo» después de 1959.

## **El socialismo de la Revolución cubana**

### **El contexto en 1959**

Fidel Castro declaró «socialista» a la Revolución en 1961.

El curso político de la Isla debió situarse entonces dentro del proceso de descolonización y de la lucha entre China y la URSS por la hegemonía del movimiento comunista. Cuba navegó a contracorriente de la política internacional. La ayuda soviética, similar en esos momentos a la que ese país prestaba a otras naciones tercermundistas, no despertaba rechazo en quienes afirmaban: «Fidel, ¿comunista? No: Nikita fidelista».

Fidel Castro devino héroe latinoamericano y Che Guevara símbolo mundial, pero se trazaron diferencias entre «castrismo» y «guevarismo», que proyectaban los debates globales sobre el socialismo.

Una zona de la izquierda del 68 calificó a Fidel Castro como el hombre que prefería la conveniencia política del Estado a las libertades de los revolucionarios. Por otra parte, celebró en Guevara al líder que, desde el poder, antepuso la libertad revolucionaria a las necesidades del Estado constituido. Los afiches de las manifestaciones del 68 muestran solo el rostro de Guevara, por esta razón.

Los socialistas occidentales y los marxistas críticos de la URSS veían en Fidel Castro el drama de una política independiente —Cuba fue el único país latinoamericano fundador del Movimiento de Países No Alineados. En Guevara encontraron al único dirigente marxista que en el siglo XX albergó a los militantes de la IV Internacional-sección cubana

(trotskista), discutió con los socialismos de Sartre, Bettelheim y Mandel, criticó la política soviética hacia el Tercer Mundo, y defendió el desarrollo de procesos revolucionarios a lo largo de tres continentes.

Para los revolucionarios latinoamericanos, el «castro-guevarismo» señalaba la estrategia de la victoria, demostraba la viabilidad del tercer mundo (Ribeiro 1989), significaba el triunfo de las masas hambreadas del continente y la posibilidad de un socialismo «sin calco ni copia».

En el fondo, estaba en discusión la cualidad del socialismo que habría de construirse en la Isla.

Después de 1961 se hicieron visibles dos líneas gruesas, convertidas en hegemónicas en esa década. Serían los marcos legítimos de la discusión entre *los revolucionarios*: el socialismo «marxista-leninista» de inspiración soviética y el socialismo marxista de vocación crítica, de miras latinoamericanas y tercermundistas.

En esa configuración, Fidel Castro ocupa un lugar principal. El peso de su figura ha sido concluyente: seguidores y opositores coinciden en un punto: su responsabilidad, pues le atribuyen la paternidad de todos los éxitos y/o de todos los fracasos.

Desde entonces las corrientes del socialismo marxista ocuparon, solas, el lugar de «lo revolucionario». Los grupos no comunistas, nacionalistas y social revolucionarios que habían participado en la Revolución, pero no querían seguir un proyecto amparado por Moscú, fueron confinados al espacio simbólico de la «reacción» o la «contrarrevolución».

Dentro del terreno definido entonces como revolucionario, la corriente prosoviética se hizo preponderante a partir de 1971. El marxismo que llegaba en la fecha a Cuba era depositario del «Stalinismo sin Stalin», elaborado en la URSS desde 1956. Este había declarado «inexistente» el marxismo occidental y cualquier otra heterodoxia. Desde entonces, se configuraron las líneas gruesas de lo que se entiende hasta hoy por «marxismo-leninismo» en Cuba.

La tendencia marxista crítica quedaría, en consecuencia, limitada en su expresión. Sus principales sedes intelectuales serían cerradas en 1971: el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana y *Pensamiento Crítico*. Esta revista difundió el marxismo crítico, proscrito en la URSS, prestó atención a la geopolítica tercermundista, Sudán, Argelia, Viet Nam, así como a Mayo del 68 y, en general, a los problemas del mundo subdesarrollado, específicamente los de América Latina. Esa inspiración ha encontrado continuidad en *Criterios y Temas*, publicaciones que promueven actualmente el marxismo crítico dentro del país.

### **Esperanzas y decepciones**

El socialismo, en su sentido de justicia social, fue el fundamento que permitió acumular el tipo de fuerza y las actitudes imprescindibles para impedir la derrota revolucionaria y desarrollar el proceso en un plano general. (Martínez Heredia 2005) En ello, alimentó grandes esperanzas.

El liderazgo amplió decididamente la base social de la Revolución: nacionalizó la tierra, la refinación de petróleo, el azúcar, la electricidad, los teléfonos, el cemento, la banca, el comercio exterior, la industria no azucarera; regeneró la vida pública con la prohibición de la prostitución, el

juego ilícito y la usura; censuró la discriminación por sexo y raza; aprobó la reforma urbana, desarrolló la campaña de alfabetización; creó el Contingente de Médicos Rurales; aumentó la oferta de empleos y los salarios mínimos; promovió una política económica con control de las divisas y las importaciones y la búsqueda de nuevos mercados; derrotó los sucesivos esfuerzos de administraciones norteamericanas por destruir el poder revolucionario y aseguró consenso a favor de su política.

Para sectores de izquierdas, el socialismo cubano destruyó la doctrina Monroe, mostró la estrategia de una guerra popular victoriosa contra los ejércitos regulares, impugnó las bases del capitalismo semicolonial, articuló al Tercer Mundo y corrigió los extremos eurocéntricos del marxismo.

Según esa comprensión, la Revolución cubana fue decisiva para el nacimiento de *otra* América Latina, por su influencia sobre el lanzamiento de la Alianza para el Progreso y las políticas desarrollistas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), por la denuncia de la ilegitimidad de la deuda externa en los 1980 y por el desplazamiento hacia la izquierda del centro político latinoamericano verificado desde 1999.

Sin embargo, como sucede con toda esperanza, la cubana guardaba sus reversos.

Los marxistas Leo Huberman, Paul Sweezy y Adolfo Gilly criticaron la combinación cubana de personalismo con burocracia. En su lógica, el primero denunciaba periódicamente a la segunda para destruir los límites que la burocracia podía oponer al despliegue del poder personal.

Los socialistas occidentales K. S. Karol y René Dumont interpretaron como «soviéticos» ciertos rasgos que iba adquiriendo el modelo cubano. Jorge Edwards añadió otros en el campo cultural.

Draper escribió la tesis clásica de su posición, coincidente con las perspectivas del Departamento de Estado norteamericano: el castrismo era un líder en busca de un movimiento, un movimiento en busca del poder y un poder en busca de una ideología.

Entre las trazas autoritarias y pro soviéticas descritas estaban las siguientes: la influencia de los pro soviéticos en la conducción del proceso; la calificación de la disidencia ideológica como «traidora» y «enemiga»; la oficialización de todos los discursos; la legitimidad otorgada al marxismo-leninismo y al realismo socialista; el recorte de derechos políticos y ciudadanos; la identificación de patria, revolución y socialismo; el «burocratismo» del proceso; la alta concentración de poder en el máximo liderazgo; la consolidación de estilos personalistas de dirección; el «voluntarismo» y el monopolio de la propiedad estatal.

Dichas interpretaciones podrían aceptar este punto común: el cubano es un socialismo «desde arriba», que ha consagrado la soberanía del poder central y la prioridad absoluta de la verdad oficial, mientras ha limitado la autoorganización ciudadana. Pero no podrían consentir en núcleos duros de desacuerdo, por ejemplo, en lo que atañe a las consecuencias del modelo: solo para algunos el proceso habría resultado un «comunismo de tipo totalitario» que ha traído la «ruina económica» y el «completo sometimiento de su ciudadanía».

## **Rumbos posibles**

El debate sobre los rumbos posibles del socialismo fue retomado en 1986 para corregir las «desviaciones» importadas desde Moscú.

Una nueva concepción se plasmó en la reforma constitucional de 1992, que permitiría un socialismo renovado, con mayores grados de participación popular, regulación democrática del mercado, libertad política y justicia social (Valdés Paz 2009), o la transición a un régimen capitalista mercantil, dada su regulación sobre la propiedad (Domínguez 2006).

Otros debates marcaron la última década. Una plataforma de opositores, con apoyo internacional, quiso presentar al parlamento una propuesta de corte socialdemócrata, conocida como «Proyecto Varela». Este la juzgó como «antisistémica». En respuesta, reformó la Constitución (2002) y declaró el carácter «irreversible» del socialismo que ella refrenda. En 2006 el retiro por enfermedad de Fidel Castro de sus cargos de gobierno relanzó el debate.

Después de la historia transcurrida, es pertinente pensar en escenarios para el futuro, no agotables en esta lista: apertura socialista, inmovilismo y cierre político, adopción de una economía socialista de mercado al estilo de China o Vietnam, derrumbe e implosión a la manera de los países socialistas, derrocamiento del gobierno debido a una invasión militar de los Estados Unidos o a una rebelión interna (López Segrera s/f).

Tales escenarios podrían conducir hacia horizontes como estos: socialismo democrático y participativo, estalinismo de mercado, capitalismo socialdemócrata o capitalismo neoliberal.

La esperanza revolucionaria de los socialistas cubanos se ha sostenido siempre sobre una tesis martiana: la necesidad de unir la independencia nacional con la independencia personal y social de los cubanos. Esa tesis debería dialogar hoy con la agenda socialista global: ecopolítica, sociodiversidad, economía en función de la vida, democracia de base y orden internacional solidario.

En 2010, en la Isla habitan imaginarios que responden más a las culturas políticas de la contemporaneidad que a las clasificaciones de los orígenes del socialismo y el comunismo. La práctica futura demostrará si el socialismo es un lugar para el encuentro de tales imaginarios. De serlo, la ausencia de diálogo entre ellos garantizaría un modelo soberbio y estéril. Del diálogo sería esperable la reinención del socialismo cubano.

### **Bibliografía**

Alavez, Elena. *Eduardo Chibás en la hora de la Ortodoxia*. Ciudad de La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1994.

Cairo, Ana (comp.). *Raúl Roa. Imaginarios*. Ciudad de La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2008.

Cairo, Ana. «Un requiem marxista para la Revolución del 30» En *Álgebra y Política*, de Pablo de la Torriente Brau. Ciudad de La Habana: Ediciones la Memoria, 2001.

Castro, Fidel. *Fidel Castro. Antología mínima*. Editado por David Deutschmann y Deborah Shnookal. México: Ocean Sur, 2008.

Debray, Régis. «“Castrismo”: la larga marcha de América latina» En *Cuba: una Revolución en marcha*. París: Ediciones Ruedo Ibérico, Suplemento de Cuadernos de Ruedo Ibérico, 1967.

Domínguez, Jorge I. *Cuba hoy. Analizando su pasado, imaginando su futuro*. Madrid: Colibrí, 2006.

Draper, Theodore. *Castrismo, teoría y práctica*. Editorial AIP, 1966.

Dumont, René. *Cuba ¿es socialista?* Editorial Tiempo Nuevo, 1970.

Edwards, Jorge. *Persona non grata*. Barcelona: Círculo de lectores, 1973.

*El pensamiento ideológico y político de la juventud cubana*, publicado por la Comisión Organizadora de la Sección Juvenil del PPC (Ortodoxo), 1948.

Fernández, Frank. *El anarquismo en Cuba*. Madrid: Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2000.

Gilly, Adolfo. «Cuba entre la Coexistencia y la Revolución» *Monthly Review, Editorial Perspectiva*, Buenos Aires, noviembre, 1964.

Guanche, Julio César. *El continente de lo posible. Un examen de la condición revolucionaria*. Ciudad de La Habana: Ruth Casa Editorial/ICIC Juan Marinello, 2008.

—. *En el borde de todo. El hoy y el mañana de la revolución en Cuba*. México: Ocean Sur, 2007.

Guevara, Ernesto. *Retos de la transición socialista en Cuba (1961-1965)*. México: Ocean Sur, 2008.

Guevara, Mandel, Bettelheim, y otros. *El gran debate sobre la economía en Cuba 1963-1964*. Ocean Press, 2003.

Guiteras, Antonio. *Antonio Guiteras. Su pensamiento revolucionario*. Selección de Olga Cabrera. Ciudad de La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974.

Huberman, Leo, y Sweezy, Paul. *El socialismo en Cuba*. México: Editorial Nuevo Tiempo, 1970.

Karol, K. S. *Los guerrilleros en el poder. Itinerario político de la revolución cubana*. Barcelona: Seix Barral, 1972.

López Segrera, Francisco. *La Revolución cubana: raíces históricas, situación actual, propuestas, escenarios y alternativas*, en proceso editorial, s/f.

Lynn Stoner, K. *De la casa a la calle. El movimiento cubano de la mujer en favor de la reforma legal (1898-1940)*. Madrid: Colibrí, 2003.

Martínez Heredia, Fernando. *En el horno de los noventa*. Ciudad de La Habana: Editorial Ciencias Sociales, 2005.

Massón Sena, Caridad. «Proyectos y accionar del Partido Socialista Popular entre 1952 y 1958.» En *1959: Una rebelión contra las oligarquías y los dogmas revolucionarios*, 225-247. Ciudad de La Habana: Ruth Casa Editorial, 2009.

Mella, Julio Antonio. *Mella. Documentos y artículos*. Ciudad de La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975.

Poyo, Gerald E. *Con todos, y para el bien de todos. Surgimiento del nacionalismo popular en las comunidades cubanas de los Estados Unidos 1848-1898*. Ciudad de La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1998.

Ribeiro, Darcy. «No tener miedo a pensar» En *Casa de las Américas*, 102-1110, No. 176, sept-oct., 1989

Roa, Raúl. *Viento Sur*. La Habana: Editorial Selecta, 1953.

Rodríguez, Carlos Rafael. *Cuba en el tránsito al socialismo. 1959-1963*. Ciudad de La Habana: Política, 1979.

Rojas Blaquier, Angelina. *Primer Partido Comunista de Cuba (1925-1952)*. 2 vols. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2005.

Rojas, Rafael. *El estante vacío. Literatura y política en Cuba*. Barcelona: Anagrama, 2009.

Sartre, Jean Paul. *Sartre visita Cuba*. La Habana: Ediciones Revolucionarias, 1960.

Soler Martínez, Rafael. «Cuba: comunismo y trotskismo en la revolución del 30» *Santiago*, nº 92 (2001).

Valdés Paz, Juan. *El espacio y el límite. Estudios sobre el sistema político cubano*. Ciudad de La Habana: ICIC Juan Marinello/Ruth Casa Editorial, 2009.